

Dátile y los españoles de la Transición frente a las primeras elecciones (junio de 1977)

Pierre-Paul Grégorio
Universidad Jean Monnet (Saint-Étienne)
PILAR

Las elecciones legislativas del 15 de junio de 1977 clausuraron una primera etapa del proceso democrático emprendido menos de un año antes con el cual el periódico *Ya* de la Editorial Católica (Edica) estaba comprometido, incluso desde antes de la muerte del dictador. Los artículos del colectivo Tácito –en el que se daban cita parte de los futuros líderes de la UCD– fueron a ese respecto particularmente significativos. Por todo ello, en nada podía sorprender el ver al diario católico, dirigido a la sazón por Alejandro Fernández Pombo, mostrarse como un sólido apoyo de la línea política encarnada por Adolfo Suárez y Alfonso Osorio, garantía este último de un compromiso de centro-derecha¹. El año 1977 marcaba por otra parte el momento álgido de la expansión de *Ya* que había incrementado su tirada «debido a su política de apertura (a sus lectores tradicionales sumaba los descontentos, o desconcertados, de *ABC*, y a buena parte de la progresía, que había llegado a la conclusión de que *Ya* era el diario que menos les molestaba)²». Aunque empezaba a dar los primeros síntomas de decadencia, con sus más de 140 000 ejemplares, el periódico aún se situaba en un envidiable segundo lugar de la prensa madrileña³. Se

1. En el seno del Consejo de Administración del *Ya*, no faltaban nombres importantes del partido centrista como, por ejemplo, Landelino Lavilla.

2. Antonio ALFÉREZ, *Cuarto poder en España*, Esplugues de Llobregat, Plaza y Janés, 1987, p. 56.

3. A partir de ese mismo año, la Prensa periódica iba a entrar en un período de crisis que afectaría particularmente a todas las cabeceras supervivientes del franquismo (Cf. Concha EDO, *La crisis de la Prensa diaria*, Barcelona, Ariel, 1994). Además, la irrupción y posterior consolidación de *El País* conllevó una pérdida notoria de cuotas de mercado tanto para *Ya* como, también, para *ABC*.

trataba pues de un aval de importancia para una visión de España que casaba con las expectativas del diario.

Emilio Dáneo Palacios (1921), Dátile, había llegado al *Ya* en 1954 y publicaba cotidianamente por aquellas fechas de 1977 dos chistes gráficos en la sección «Humor, amenidades y pasatiempos», postergada casi al final del periódico, incluso después de los anuncios por palabras. En contadas ocasiones, Dátile podía publicar también otros chistes, en distintas secciones, en función de la actualidad. Con todo, ello demostraba la importancia que el diario de Edica concedía a su dibujante y que, con el tiempo, se vería incluso acrecentada ya que, menos de dos años después, Dátile obtuvo su propio espacio –« Ventana del día»– que aparecía generalmente en página 4 o 5, integrándose por derecho propio en el apartado analítico del diario. La perennidad de Dáneo Palacios en el *Ya* venía de la evidente capacidad de adaptación del dibujante a un triple condicionante: la realidad nacional, la línea del diario y las expectativas del público del periódico. Para Dátile, su función consistía en producir «algo así como una píldora humorística, que al combinar el dibujo con un texto sintético resulta fácil y rápidamente comprensible, y ayuda a digerir el resto del periódico⁴». Se trataba ante todo de ofrecer al lector un medio rápido, de fácil consumo, pero obligado para la mejor comprensión del acontecer diario.

Las elecciones del 15 de junio fueron una fuente de inmensas esperanzas pero también de temores o impaciencias. Los 51 dibujos de Dátile, a lo largo del mes, plasmaron en buena medida el estado de ánimo de todos los que, a la par que deseaban sinceramente un cambio político, recelaban también de una ruptura demasiado brutal con el reciente pasado. En suma, la situación del propio *Ya*.

El mundo de Dátile.

El universo de los personajes de Dátile se definía por la sobriedad. El dibujo ofrecía pocos decorados. En el 29,4% del total estaba incluso totalmente ausente. Un fondo blanco abría a menudo el espacio y, a la

4. Citado por Iván TUBAU, *El humor gráfico en la prensa del franquismo*, Barcelona, Mitre, 1987, p. 226.

par, la imaginación del lector. Esta sobriedad manifiestamente voluntaria no era fruto de una carencia técnica insoluble –«si necesita dibujar un árbol dibuja un árbol y aquello es un árbol⁵»– sino más bien la prueba de una capacidad indiscutible para sintetizar el mensaje a través del texto, implicando paralelamente al lector en el proceso de construcción del chiste. El dibujo rara vez hablaba por sí sólo: de hecho, tan sólo en una ocasión utilizó un chiste «sin palabras». Dátile obligaba entonces al lector a concentrarse en el texto, a entrar en el juego de la descodificación de una realidad que, pese a lo sintético de su presentación, era perfectamente comprensible. Y aceptable. La razón principal era que Dátile les hablaba siempre a sus lectores de un mundo que les era familiar. De su propio entorno.

La acción solía transcurrir en el seno del hogar (el 21,6% del total) o, con el mismo porcentaje, en la calle, durante un paseo. Unos árboles, unos edificios –someramente representados con unas pocas perpendiculares– o un escaparate apenas esbozado y el lector podía libremente imaginarse en cualquier lugar de su ciudad. Como excepción notoria, Dátile parecía tener predilección por la madrileña cuesta de Moyano entre cuyas casetas sus personajes parecían evolucionar a veces. Los restantes espacios cotidianos tenían poca presencia en los chistes de Dátile. La oficina no representaba más que el 3,9% del total. El dibujante prefería claramente las situaciones evocadoras de solaz: fútbol, toros y cine (11,7%). Ni tan siquiera en el hogar se ejercía una actividad definida. Las criaturas de Dátile leían, conversaban o, sobre todo, miraban la televisión (9,8%). Huyendo ostensiblemente de todo mensaje estrictamente político, Dátile intentaba devolver una imagen placentera, pero fiel, de los modos de vivir de sus lectores: las clases medias nacidas con el despegue económico de principios de los 60, el llamado «milagro español». Seguramente por ello, sus personajes rara vez eran muy jóvenes. O muy mayores. Ropas y muebles indicaban una situación financiera estable. Aunque en ningún modo boyante, como revelaban las púdicas quejas de los héroes. En cualquier caso, quedaba constancia de que los personajes de Dátile tenían que definirse y com-

5. Iván TUBAU, *El humor gráfico en la prensa del franquismo*, op. cit., p. 145. De hecho, Dátile demostraba una clara capacidad para la caricatura: de Suárez a Carrillo pasando por Carter, Breznev, Fraga o González.

prenderse no por lo que hacían, sino por lo que decían. El lector no debía buscar en la pluma –o, más bien, el rotulador– del dibujante una crítica feroz de las taras de la sociedad. Dáneo Palacios se limitaba a hacer de espejo de su entorno, sugiriendo las pistas de lectura necesarias para la comprensión del mensaje final. A partir de ahí, entraba en juego el lector. O, mejor dicho, el ciudadano.

Coherente con la necesidad de insertarle en un mundo real, Dátile no abusaba de los símbolos o de las alegorías. Una matrona entrada en carnes podía a veces representar a la Seguridad Social; un hombre más bien enclenque y con bata blanca a la corporación farmacéutica. En tales casos, y para evitar inducir en cualquier posible error al lector, Dáneo Palacios añadía ostensiblemente el nombre de la institución que dichos personajes se suponía encarnaban. Tan sólo el 16 de junio, dejó a un lado a sus personajes para materializar a la democracia en marcha con los rasgos, primero, de una mujer joven en una urna y, después, bajo la forma de un inmenso huevo a punto de descascarillarse. Por otra parte, Dátile huía en lo posible de los monólogos. Como una prueba suplementaria de esa voluntad de limitar al máximo toda posible distancia entre sus criaturas y el lector. Prefería, al contrario, escenificar dúos (64,7%). Con todo, ello no significaba imperativamente un diálogo explícito. En general, los trabajos de Dátile sólo llevaban un globo. Implícitamente, se le obligaba a centrar su atención sobre un personaje determinado. Sin embargo, la ausencia de controversia le evitaba tener forzosamente que identificarse con uno u otro de los protagonistas del chiste. Se preservaba así un margen de libertad para el lector: podía limitarse a lo expuesto por el dibujante o completar la historia con un final más personal que, aunque sugerido por el chiste, tampoco se imponía de manera contundente.

Por otra parte, el mundo de Dátile en dicho mes de junio era esencialmente masculino. Las mujeres, solas o en grupo, tan sólo representaban el 3,9% del conjunto. A la inversa, la representación masculina en parecidas circunstancias alcanzaba el 45,1%. Como una indicación del sexo preponderante en el seno del lectorado del *Ya*. Con todo, existía un elemento que venía a compensar este flagrante desequilibrio. En el 29,4% de los dibujos se daba una presencia mixta. En dicha configuración, la mujer disfrutaba en solitario de la palabra en el 86,6% de los casos. En cualquier caso, y pese a las apariencias, el papel de los perso-

PILAR

najes femeninos distaba mucho de ser puramente anecdótico. Otro tanto ocurría con el tándem niño/adulto: las ocurrencias, llenas de sensatez, del primero condenaban al silencio al segundo. En cierto modo, Dátile invitaba a sus lectores, mayoritariamente masculinos, a mostrarse más receptivos frente a los mensajes de su entorno: bajo una aparente ingenuidad –desconcertante a veces, nunca gratuita– ofrecían un particular enfoque de esa misma España en mutación. A la vez esperanzada y temerosa.

Esperando las elecciones

La proximidad de la fecha del escrutinio tuvo su lógico impacto en la producción de un Dátile perfectamente consciente del envite⁶. Empero, el humorista no cedió a la tentación de la caricatura o el dibujo estrictamente políticos. A través de su obra, entendía demostrar que, a pesar de lo novedoso de la situación, la vida seguía. Y que, en suma, seguía siendo posible hacer sonreír con los mismos tópicos –despolitizados– de siempre. Como, por ejemplo, el tiempo y los toros: «¡Ni de sol ni de sombra, sólo tenemos entradas de lluvia!⁷», avisaba un taquillero ante un aficionado con paraguas y gabardina. Sin embargo, incluso en parecidas circunstancias, subyacía cierta capacidad de crítica.

Con el mes de junio, se terminaba la Liga. En su análisis de la temporada, Dátile no hablaba de goles o fichajes sino del dinero que, ya entonces, imponía su ley en el deporte-rey. Así, dos personajes de rostro cansado y doblados bajo el peso de unas enormes sacas con un «\$» significativo, se lamentaban: «¡Estos partidos de fútbol del final de la Liga...!⁸». El lector reconocía de inmediato a los «hombres de maletín», como los bautizó la prensa especializada, transformados en

6. A la pregunta: «¿Cómo ve el futuro del humor gráfico español en la prensa?», Dáneo Palacios contestaba: «Podría responder a esta pregunta con otra: ¿cómo ve el futuro de España? De ese futuro creo que depende el de todas las actividades que en ella se desarrollan», Iván Tubau, *El humor gráfico en la prensa del franquismo*, op. cit., p. 236.

7. *Ya*, Madrid, 03-VI-77.

8. *Ya*, Madrid, 01-VI-77.

Reyes Magos a destiempo. Con sus sacos bien repletos de billetes, recorrerían los campos de España para incentivar –a espaldas de Hacienda– a los rivales del día de sus propios adversarios para el título o el descenso. Dátile apuntaba de tal modo la incoherencia de una sociedad, presa de una crisis económica galopante pero que no se inmutaba frente al marasmo financiero permanente en que se movía el fútbol. De ahí que un dirigente, cariacontecido, anunciara a su entrenador: «¡Bueno, terminado ya el fútbol-fuerza, vamos con el fútbol-deuda!⁹». En otras palabras, puesto que el pan se había puesto por las nubes, por lo menos que no faltara el circo... Y, los chistes ulteriores lo irán confirmando, las cuestiones de dinero centrarían la atención del dibujante.

El alza de los precios no era ya motivo de sorpresa. De ahí, sin duda, que Dátile invitara al lector a intentar sonreír frente al colmo de las paradojas que suponía, como hacía un personaje, buscar «algún libro barato sobre la inflación¹⁰». Por mucha novedad que supusiera la campaña electoral, avisaba Dátile, no pasaría de ser un simple derivativo, transitorio, para las preocupaciones cotidianas. El dibujante se valía de una evidente resignación generalizada en sus personajes para favorecer la simpatía del lector. Más que una denuncia, su humor se transformaba entonces en una válvula de presión para las frustraciones. Dátile había comprendido, sin lugar a dudas, que la sociedad española vivía una crisis tanto más grave cuanto que se volvía multiforme. El cambio, esperado y prometido, no sería forzosamente sinónimo de bienestar inmediato. De ahí que la politización progresiva de todos los ámbitos de la vida cotidiana, propia de un rápido cambio, fuera en definitiva un arma de doble filo que el dibujante buscó describir como para mejor poder controlar.

Había que facilitar, por un lado, la comprensión de los fenómenos de la vida cotidiana bajo el prisma del cambio que se aprestaba a vivir el país. Por otro, y en cierto modo consecuencia de lo anterior, había que conseguir introducir el debate político plural como un elemento natural de la coexistencia nacional. En otras palabras, Dátile convertía en anodino lo que aún guardaba un carácter de excepcionalidad para evitar perder de vista lo esencial.

9. *Ya*, Madrid, 10-VI-77.

10. *Ya*, Madrid, 08-VI-77.

Trivialización.

En realidad, Dátile difundía la imagen de un mundo político imprevisible. A imagen del tiempo de ese mes de junio: bajo un chaparrón de propaganda electoral, un hombre con gabardina y paraguas protestaba: «¡Ay, este tiempo electoral está loco...!¹¹». Al poner en un mismo plano los avatares climáticos y políticos, Dátile indicaba en definitiva que los españoles deberían a partir de entonces aceptar los segundos con la misma filosofía con que soportaban los primeros. Ambos pasaban a formar parte de lo cotidiano. Una manera para el dibujante de desdramatizar la persistencia de un grado de confusión evidente en el seno de las clases medias. Y es que algunas costumbres no podían desaparecer de la noche a la mañana. Acostumbrados a tener siempre una guía para pensar, esos ingenuos conciudadanos anónimos parecían seguir esperando de buena fe que se les indicara la respuesta adecuada¹². Ahora bien, gracias a esa misma voluntaria trivialización de la política, se evitaban también los temores infundados: tras la lluvia, ya saldría el sol. Y los españoles sabrían adaptarse como siempre lo habían hecho. Por ello, se podían tomar a broma las preocupaciones de las criaturas de Dátile. Con todo, no se le escapaba al dibujante que la sociedad que describía no parecía mostrar un entusiasmo desmesurado ante el porvenir que se abría.

Para Dátile, se planteaba el problema de la pérdida de referencias que la evolución político-económica había finalmente provocado. Incluso las «calabazas» del vástago dejaban de preocupar¹³. Las cosas iban demasiado rápido para sus héroes. Pese a las inmensas dosis de buena voluntad que ponían para estar a la altura: en plena manifestación callejera –apiñada y vociferante multitud, con pancartas– una pareja

11. *Ya*, Madrid, 02-VI-77.

12. «¡Qué! ¿Dicen ya las encuestas a quién vamos a votar?», le preguntaba sin miramientos una mujer a su marido, enfrascado en la lectura de su diario (*Ya*, Madrid, 07-VI-77).

13. En la calle, una mujer le comentaba a una conocida: «Este año, entre las elecciones y los precios, está todo trastornado. ¿Querrá Vd. creer, que ya nos han suspendido al niño en tres y ni nos hemos inmutado?» (*Ya*, Madrid, 05-VI-77). Lo inaudito de tal comportamiento era tanto más significativo cuanto que los suspensos eran a menudo sinónimos de gasto extra en clases particulares de verano.

permanecía inmóvil. Malhumorada, una mujer inmisericorde le reprochaba a su acompañante: «¡Bueno, por si estábamos poco confundidos, vas y te equivocas de mitin...!¹⁴». Hombros encogidos y ojos como platos, el hombre era la encarnación misma del ridículo... Sin embargo, Dátile tampoco les perdonaba su tendencia cuando menos simplista a culpar a la democracia, apenas esbozada, de todos los males que les aquejaban. Así, y junto a la desconcertada pareja descrita, el dibujante se burlaba de otra que, en su hogar, contemplaba la catástrofe familiar que suponía una televisión averiada. El desconcierto era total. Por ello, la esposa le preguntaba, preocupada, a su marido: «¿Será una avería de origen democrático?¹⁵». A su manera, Dátile indicaba que, como preludio de las políticas, las consecuencias sociales de la confusión en los conceptos empezaban a ser perceptibles¹⁶. El dibujante percibía en sus compatriotas una duda generalizada que escenificaba para mejor definirla.

Por una parte, existía la presión social: se esperaba de cada ciudadano que tomara la decisión oportuna. Ello quedaba simbolizado en esa masa desbordante que, desde la pantalla del televisor, le increpaba al telespectador –con cara de pocos amigos– sentado delante del aparato: «Bueno, ¿y usted qué opina?¹⁷». Los papeles estaban pues trastocados. El ciudadano-espectador, pasivo por convicción o por desidia, se volvía entonces el centro mismo del debate político. Le gustara o no, accedía al protagonismo. Era, para el humorista, una manera de indicarle al lector que España necesitaba un cambio de mentalidad. Y al que, aparentemente, no estaba ni política ni emocionalmente preparado: «¡Bien, mi indecisión está tomada!¹⁸», afirmaba, desde detrás de su despacho, un hombre con aires de ejecutivo. En otras palabras, según Dátile, la víspera del escrutinio, las clases medias seguían sin saber a qué santo encomendarse. Y es que Dátile no quería o podía obviar la desconfianza profunda hacia la clase política que anidaba en el ánimo de sus perso-

14. *Ya*, Madrid, 04-VI-77. Contrariamente a lo que pudiera parecer, ese tipo de confusión sí llegaba a producirse.

15. *Idem*.

16. Frente al aumento de la delincuencia, no era raro en efecto oír, por ejemplo, como se le achacaba a la «democracia» el empeoramiento en dicho campo.

17. *Ya*, Madrid, 05-VI-77.

18. *Ya*, Madrid, 14-VI-77.

najes. Había pues que educar a los españoles y hacerles comprender que una campaña electoral no era peligrosa. «¿Ves»... No tiene rombos¹⁹», comentaba, tranquilizadora, la esposa ante la preocupación evidente del padre, extrañado por la atención que le prestaba su retoño a las emisiones políticas. Pero los ciudadanos no se dejarían sin embargo embaucar. Política y mentira corrían parejas: «¿Y si se inyectase a los candidatos el suero de la verdad?²⁰», proponía ingenuamente un personaje. En cierto modo, la percepción de la actividad política no había evolucionado. La incredulidad crónica que el discurso oficial provocaba en tiempos del franquismo persistía y la evolución política no dejaba de vivirse a veces sino como una maniobra engañosa en beneficio de unos pocos. Ello podía explicar que el ogro de la tradicional anti-España se mostrara en apariencia dispuesto a la apostasía ideológica para acceder al paraíso democrático: así, un personaje buscaba ingenuamente «en qué caseta firma biblias Santiago Carrillo²¹». Como quiera que fuera, Dátile veía a parte de sus compatriotas como los novatos que eran en cuestiones electorales. Por falta de práctica, y por una idiosincrasia particular, tenían clara tendencia a confundir compromiso y debilidad, diálogo y supeditación, privilegiando el enfrentamiento²². Lo que les salvaría, en suma, sería su sentido común. Gracias sobre todo a la vigilancia femenina, sabrían conservar la suficiente lucidez como para evitar las trampas: «¡No te fíes!... Cuando quieren nuestro voto por algo será...²³», avisaba prudentemente la esposa, ante el televisor, la víspera de las elecciones. Los españoles del dibujante se habían lanzado a contemplar la campaña tal un espectáculo por descubrir y que, en resumidas cuentas, poco había ofrecido. En realidad, a falta de verdadero entusiasmo, demostraban un tremendo fatalismo. Los chistes del día 15 lo ilustran a la perfección.

19. *Ya*, Madrid, 02-VI-77.

20. *Ya*, Madrid, 07-VI-77.

21. *Ya*, Madrid, 03-VI-77.

22. «Ya sólo nos falta aprender a colokuar» (*Ya*, Madrid, 11-VI-77), concluía entristecido un personaje al ver enfrentarse, cual carneros, dos partidarios de distintas opciones.

23. *Ya*, Madrid, 14-VI-77.

En el primero de ellos, un hombre le pedía a su secretaria: «El día 16, a primera hora, no deje de recordarme la inflación²⁴». La lectura de los prospectos de todos los partidos, esparcidos sobre su mesa de despacho, no le había obviamente incitado a mayor optimismo. En el segundo, una pareja paseaba por una calle arbolada. El hombre llevaba bajo el brazo un grueso libro –«Política»– mientras la mujer expresa sin reparos su descontento por lo que consideraba un gasto injustificado: «¡Total, libros caros y de poca duración...!²⁵». En suma, a través de sus dibujos, Dátile esbozaba un retrato bastante fiel de buena parte de la sociedad, dispuesta a participar en la aventura política, pero a la vez dubitativa respecto a la obtención de resultados concluyentes. Económicos, sobre todo. Sin embargo, Dáneo Palacios había voluntariamente decidido sub-representar a las capas sociales que, por el contrario, se habían abiertamente implicado en el movimiento y que veían en dichas elecciones la concretización de su propia manera de pensar y de concebir el porvenir nacional. Por ejemplo, el entusiasmo y la implicación de la juventud estaban claramente ausentes de los dibujos de Dátile. Dicha ausencia, en realidad, se justifica por la finalidad misma de los dibujos.

Al señalar, sin gran maldad, las angustias o los defectos de sus personajes, Dátile se proponía llamarle la atención a una capa social, aparentemente remisa. U olvidada por las élites. Generalmente, cuando el dibujante situaba la acción en mítines o manifestaciones, conseguía transmitir la impresión de una masa imponente en movimiento que se oponía a la indecisión de sus héroes. Se podía por ello sonreír ante su desconfianza o incluso ante su angustia. Se tenía también derecho a amonestarles cuando se mantenían, por inercia o por incomprensión, al margen de la comunidad nacional. Sin embargo, Dátile avisaba: sería necesario aportar las respuestas para borrar las taras así denunciadas en una clase social tan vital para el país. De no ser así, todas aquellas actitudes podrían tomar tal amplitud que dejaran de ser motivo de diversión. Casi todo estaba por hacer y España tenía que aceptar el desafío.

24. *Ya*, Madrid, 15-VI-77.

25. *Idem*.

Los dos dibujos del día 16, los primeros de la nueva etapa, así lo confirmaban.

A la vez optimista y grave, intimó a sus lectores a posicionarse con respecto al nuevo mundo. Así, el huevo inmenso –«democracia»–, mucho mayor que el pájaro –«Reforma»– que sobre él campeaba, que comenzaba a abrirse simbolizaba la fragilidad de la democracia naciente. «¡Bueno, ya está!²⁶», exclamaba, aliviada el ave. Púdicamente, el dibujante sobreentendía sin embargo que nada estaba aún garantizado. El lector ignoraba por definición lo que saldría del cascarón. La flagrante desproporción entre ambos personajes implicaba obviamente una criatura final diferente de la que la había concebido. Más fuerte, sin duda. Pero a condición de llegar a la edad adulta. Esa misma noción de incertidumbre quedaba patente en el segundo dibujo: dentro de una urna, una mujer en cuclillas esperaba poder por fin salir. Una nueva Miss –«Democracia»– iba a nacer. Ahora bien, por muy atractiva que fuese, no podían dejarse los españoles cegar por ella. En realidad, más que en Venus, Dátile la transformaba en pitonisa capaz de adelantar cuáles serían los próximos retos de España: «¡Y ahora vamos a ver qué pasa con la economía!²⁷». Como un aviso, en suma, de que seguramente lo más duro quedaba por hacer. Un advertencia para el lector y también, seguramente, para la nueva clase política recién nacida.

Tras las elecciones.

En el mundo de Dátile, los resultados electorales fueron a la vez fuente de esperanza aunque también de desconfianza. Con un enorme catalejo por toda ayuda, un ciudadano anónimo se disponía a vigilar a los diputados: «¡Bien!, veamos ahora como cumplen sus promesas los ‘electos’²⁸». Quedaba así claro que Dátile no parecía tenerlas todas consigo. Dicho catalejo simbolizaba sin lugar a dudas la distancia efectiva que, a partir de entonces, separaría al pueblo de las élites políticas.

26. *Ya*, Madrid, 16-VI-77.

27. *Idem*.

28. *Ya*, Madrid, 17-VI-77.

Y, consecuentemente, la capacidad más que relativa que tendría para controlarlas. Para los personajes del dibujante, ello resultaba una evidencia y había engendrado cierto temor que impulsaba a la prudencia, cuando no al cálculo: «Bueno, yo he procurado cubrirme: he prestado dinero a unos y he votado a otros²⁹». Ilusas precauciones. Cómicas por insensatas. Pero que denotaban empero una convicción: según Dátile, los españoles parecían considerar acabado su papel una vez depositada la papeleta en las urnas. No era pues de extrañar el asombro de la esposa al descubrir a su marido delante de la televisión encendida: «¡Toda la noche velando y ahora que dan los resultados, se duerme!³⁰». A su manera, Dátile avisaba así de que una pasividad paralizante acechaba a parte de los españoles, aparentemente herméticos a las nuevas responsabilidades que acababan de recibir. Se trataba de un peligro que el país debía saber sortear para no dejar el proceso en manos peligrosas. La mejor manera de conseguirlo sería una plena toma de conciencia individual de la realidad. Sólo así se podría colocar cada acontecimiento en su lugar exacto. Sin exagerar su importancia. Pero sin dramatizarlo tampoco.

Para ello, el papel de las mujeres se volvía esencial. Nadie mejor que ellas para hacer tiernamente añicos los sueños de grandeza de los personajes masculinos y centrarlos en el acontecer, más rutinario, de cada día: «Dime la verdad, Pepe, ¿realmente fuiste tú alguna vez ministrable?³¹». Era como una llamada a la razón: la democracia podía sin duda abrir nuevos horizontes. Pero no hacer milagros. De igual modo, Dátile buscó vacunar a sus lectores contra los espejismos del juego político. No había que dejarse engañar por la agresividad que inevitablemente conllevaba la lucha por el poder. Lo esencial seguía siendo obrar siempre por el bien común. Con cierta dosis de optimista ironía, Dátile ponía en escena a los principales líderes nacionales, armados de cubos y fregonas, dispuestos a liberar las paredes de las ciudades de tanto cartel. Un Suárez sonriente desafiaba a sus adversarios y, sin embargo, socios en la aventura: «¡Qué! ¿Quitamos cada uno los carte-

29. *Ya*, Madrid, 29-VI-77.

30. *Ya*, Madrid, 19-VI-77.

31. *Ya*, Madrid, 23-VI-77.

les de los otros para tener más ilusión en el trabajo?³²». En otras palabras, pese a todo, parecían mostrarse capaces de llegar a cierto grado de entendimiento sobre buen número de cuestiones. Inclusive sobre el límite aceptable de los desacuerdos. Conscientemente o no, Dátile plasmaba ya la llamada «política del consenso» que tan necesaria se haría hasta, por lo menos, el referéndum constitucional. Y es que, como bien señalaba un sensato personaje femenino, pese a su aparente frivolidad, no había que confundir lo coyuntural de una campaña con lo fundamental de la diaria acción política: «¿Querrás creer que a mí hay ya siglas que se me están olvidando?³³». A los españoles poco les importaban los mil y un matices ideológicos que habían desembocado en la conocida sopa de letras. Sopa tan fácil de hacer como de tomar. Antes de pasar al plato principal. Es decir, la gobernación del país y, en consecuencia, la estabilización del sistema pues las elecciones «contribuyeron a deslegitimar el régimen anterior y a legitimar a su sucesor³⁴». Ello no significaba, empero, que Dátile cayera en un optimismo pueril. No aventuraba en lo más mínimo fáciles despertares. La gitana que le leía la mano a Adolfo Suárez no dejaba albergar la menor duda: «¡Jozú!³⁵», se limitaba a decir. Para qué más... Como lo explicaba Dátile, Suárez se encontraba en la situación de un equilibrista en la cuerda floja³⁶. Con todo, se trataba de una cuestión que el español de la calle no podía sino contemplar a distancia. Sus preocupaciones eran otras. O, según se miraran las cosas, las mismas de siempre.

En cierto modo, Dátile volvía entonces a ampararse en la trivialización de las elecciones como fenómeno de moda. Sin embargo, contrariamente a la óptica declarada antes del día 15, se trataba ahora de mostrar hasta qué punto los españoles se habían apoderado del sentido,

32. *Ya*, Madrid, 18-VI-77.

33. *Ya*, Madrid, 22-VI-77.

34. Charles POWELL, *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002, p. 194.

35. *Ya*, Madrid, 21-VI-77.

36. «¡Y ahora despacito para que el poder no desgaste!» (*Ya*, Madrid, 29-VI-77). Del acierto del dibujante da idea el hecho de que, andando el tiempo, el propio Adolfo Suárez terminara por describirse en parecidos términos.

de los métodos y de las finalidades de una campaña política para mejor hacer uso de todos ellos en su diario acontecer.

Así, el manido argumento de la imprescindible asimilación a los países más avanzados del entorno, le servía a una mujer para poner en un aprieto a su esposo, poco amigo de viajes³⁷. De la misma manera, el innegable poder de convicción que implicaba una buena campaña podía darles un resquicio de esperanza a los estudiantes más imaginativos que trabajadores, cuando ya se les echaban encima los exámenes de junio³⁸. A su manera, Dátile denunciaba igualmente las promesas no cumplidas de cada campaña. Como si se hubiera legitimado hasta cierto punto la facultad de mentir. Una auténtica mina para maridos juerguistas: «¡Pepe me parece que se está pasando!... ¡Todas las noches dice que va de escrutinio³⁹», comentaba, pensativa e inmóvil ante la puerta, una paciente esposa. Con todo, la moral siempre había de vencer: ya empezaba a tener dudas... A esas locas esperanzas o a esas situaciones de vodevil parecían resumirse los frutos de las elecciones en el universo de Dátile. Sin embargo, era obvio que no había que limitarse a un primer nivel de comprensión tan superficial. Dátile no desdeñaba su papel de pedagogo. Para él, quedaba claro que, así como no se podía acusar a la naciente democracia de todos los males de una sociedad en crecimiento y en crisis, tampoco se podría esperar de ella que solucionara todos los males nacionales. De ahí lo incoherente de esa cola interminable cuya finalidad resultaba poco explícita: «¿Es Vd. el último para la democracia?⁴⁰». Mostraba, sí, la esperanza de todos los españoles. Pero también la paciencia de la que tendrían que hacer gala antes de recoger los frutos esperados. En realidad, lo absurdo de las situaciones evocadas buscaba empujarles a una implicación razonada en un proceso razonable. Y, en consecuencia, temperar las inevitables decepcio-

37. «¡Lo que yo sé es que la gente de los países democráticos veranea en el extranjero!», proclamaba solemnemente la esposa mientras abandonaba el salón, dejando a su marido desamparado frente a la imparable lógica del razonamiento.

38. Mientras pegaba carteles con su retrato en las paredes, un estudiante exclamaba: «¡A ver si resulta!» (*Ya*, Madrid, 26-VI-77). No había un verdadero eslogan. Sólo un desesperado «Apruébenme».

39. *Ya*, Madrid, 21-VI-77.

40. *Ya*, Madrid, 28-VI-1977.

PILAR

nes venideras que el proceso acarrearía. Porque, según Dátile, a pesar de todos los pesares y de todos los discursos, lo principal de la vida cotidiana para nada cambiaría.

En el mundo del dibujante, en efecto, los finales de mes seguirían siendo difíciles. Frente a un escaparate, un personaje le proponía a un amigo una singular experiencia: «¡Permanece un momento quieto y podrás ver subir los precios a simple vista!⁴¹». Algunos fenómenos estaban manifiestamente hechos a prueba de elecciones... Nada mágico se había producido y, como después de un carnaval, no quedaría sino retomar el curso normal de las cosas y aceptar, gustase o no, la realidad de la vida. Lo que la hacía más llevadera era, precisamente, esa capacidad que tenían los personajes para adaptarse constantemente a una evolución que sabían no siempre poder dominar. Para no ser permanentemente víctimas indefensas, sólo les quedaba seguir ojo avizor, sin perder de vista lo que circundaba⁴². Y con un sentido crítico renovado. Suavizado por el humor. Exento de toda maldad. Pero también de toda permisividad frente a las utopías, las estafas y los engaños. Grandes o pequeños.

«¡Sonría, por favor!» ... pero no cierre los ojos.

En definitiva, Dátile se centró cotidianamente en la situación de las clases medias ante el proceso de democratización en marcha. Se trataba de ponerlas en guardia contra una preocupante pasividad favorecida por un malhadado escepticismo. Sobre todo porque podría a su vez desembocar en una desconfianza contraproducente en tan delicados momentos. En cierto modo, el dibujante llamaba a dicha clase social a movilizarse por el éxito de la empresa. A fin de cuentas, lo más importante –el despegue económico– quedaba por realizar y no podría hacerse sin su plena implicación. En realidad, Dáneo Palacios dejaba traslucir que, para el ciudadano de a pie, la efervescencia política podía

41. *Ya*, Madrid, 30-VI-77.

42. Y es que, durante la campaña electoral, el extranjero había seguido viviendo a su propio ritmo. Por ejemplo al de un Breznev jugando a los dardos. La diana resultaba ser un retrato de Jimmy Carter (*Ya*, Madrid, 30-VI-77).

ser excitante, e incluso interesante, pero a dosis casi homeopáticas. Un proceso electoral era, sin duda, un espectáculo digno de seguirse. Ahora bien, una vez concluido, las preocupaciones y los sinsabores del día a día volvían a ocupar el lugar que les correspondía en el ánimo de cada ciudadano. La política, como lucha por el poder, no le atañía sino muy indirectamente. En ese aspecto, los españoles no parecían haber cambiado lo más mínimo.

Con su humor bonachón, no exento de costumbrismo, Dáneo Palacios buscaba conseguir la plena identificación del lector con sus personajes. Hablaba de lo que realmente conformaba la existencia de Juan Español. De las grandes cuestiones nacionales pero también de fútbol o de las dificultades de aparcamiento en la ciudad. Era, sin duda, su contribución a la tarea de la Transición. Con todo, bajo esa púdica sonrisa sin maldad, su trabajo demostraba un grado extremo de lucidez. Avisaba en efecto a la clase política de un verdadero peligro en ciernes para la incipiente democracia: cuando, según Dátile, bastante retraso había que recuperar, tendría que despejar sin demora el porvenir de la mesocracia española. Protegerla en lo económico e implicarla en lo político. Reconocerle, por último, una función esencial en lo social. En ello se jugaban las élites la consolidación de todo el proceso y del sistema alumbrados tras la muerte de Franco. El futuro inmediato le daría en gran parte la razón.

PILAR

ya. Pag. 60

HUMOR, AMENIDADES Y pasatiempos.



TERTULIA Y ANECDOTA

VELATORIO DE RICO

Millones y más millones dejó a sus herederos. Quizá por eso —picaro mundo— algunos se sorprendieron de que aquel infortunado hombre tan desconsoladamente. Uno de los que se sorprendieron le dijo:
—Tranquícese. ¿Era pariente de usted en grado muy cercano?
Y el otro:
—En ningún grado. Por eso lloro.

JEROGLIFICO

ANECDOTA

DE GINGER ROGERS

Eran los años de aquellos comedios musicales interpretados por Fred Astaire y Ginger Rogers. La pareja de bailarines y actores consiguió una gran popularidad. Y ello hizo que los productores no les dejasen descansar. Una película, otra película, casi sin parar. Un día dijo Ginger Rogers:
—Se me va a hacer raro y me da en que mire alrededor y me voy a Fred invitándome a bailar.

ya. Pag. 80

2-VI-77

HUMOR, AMENIDADES Y pasatiempos.



TERTULIA Y ANECDOTA

VIEJO LOBO DE MAR

Chiste de viejo lobo de mar. Más concretamente, de viejo lobo de mar inglés. Por eso corre mos el peligro de que no les haya mucha gracia a los que no estén al corriente de cómo son los viejos lobos de mar ingleses. El viejo lobo de mar recibe la visita de un niño que estudia en un colegio interno y está de vacaciones. Tras unos minutos de charla, le dice:

CRUCIGRAMA

—Ahí, en el armario hay un baco. Cúrgame la pipa.
—Yo no sé, abuelo.
—Pero ¿qué os enseñan en el colegio?

ANECDOTA

DE EMILIO SALGARI

El famoso novelista Emilio Salgari se especializó, como a sabido, en relatos de aventuras que se desarrollaban en los más diversos lugares. Y las descripciones de los paisajes contrastaban veros decididamente a su énto. Por lo directas. En una ocasión le dijo un admirador:
—Yo es aus tro sus novelas

ya. Pag. 74

4-VI-77

HUMOR, AMENIDADES Y pasatiempos.



TERTULIA Y ANECDOTA

EL TIEMPO

Horus y horas, días y días, la niña, el piano. Y los vecinos, locos. Horas y horas, días y días. Y uno de los vecinos, que se encuentra en la escuela con el padre de la niña:
—Mucho toco el piano la niña.
—Solo lo hace para matar el tiempo.
—Pues ya es duro de morir.

ANECDOTA

DE NELSON EDDY

Nelson Eddy, el cantante más

llos todos los días por diez mil pesetas?

—Y salgo por ellos. Lo que ocurre es que no los entiendo.

ANECDOTA DEL GUERRA.

Estaba sentado el Guerra a un café cordobés. Junto a la ventana. Y pasó un amigo. De la go. Y un camarero:

—¿No quería ver? ¿Quién que le llame?

Y el Guerra:

—Cualquiera que quiera irá a pasar.

HUMOR, AMENIDADES Y PASATIEMPOS



Tertulia y anécdota

WILIBORDO
En realidad, esto no es un chiste. No es un chiste, sino algo muy diferente: es la demoa-

tración de hasta qué punto un ser humano puede sobreponerse a un contratiempo. A un contratiempo pequeño, en este caso, pero a un contratiempo. Al de llamarse Wilibordo.

JEROGLIFICO
Por OCON



Wilibordo se llamada el hombre de nuestra verdadera historia. Y, cuando decía su nombre, lo hacía así:
—Me llamo Wilibordo... Qué se le va a hacer...

ANÉCDOTA DE ROBERT TAYLOR

HUMOR, AMENIDADES Y PASATIEMPOS



Tertulia y anécdota

ANÉCDOTA DE VALERIANO LEÓN

El famoso actor Valeriano León—el esposo de doña Aurora Redondo—era, como recuerdan sus muchos admiradores, bajo de estatura. Y solía jugar con el equívoco de la palabra "gran". Por lo menos en aquella ocasión. En aquella ocasión, un amigo le presentó a un señor que quería conocerle:
—Valeriano León, el gran actor.
Y él:

EL BISTEC

Lo decía bien claro el letrado de la puerta de la tasquita: "Bistec con patatas, sesa pesetas."
Y llegó un individuo y preguntó:
—¿Puede decirme de qué el bistec?
Y él de la tasca:
—Pues verá, así, de pron na... Lo que si puedo decirle de qué son las patatas.

O SEA QUE...

HUMOR, AMENIDADES Y PASATIEMPOS



TERTULIA Y ANÉCDOTA

EL COMO

Por la izquierda, a una velocidad muy por encima de la permitida, iba conduciendo aquella señora. Y un agente de tráfico salió tras ella, le dio alcance, le hizo para y:
—¿Qué le ocurre a usted?... ¡Cree que se puede conducir así!
—Perdone... Es que, no sé... Estoy como loca...
Y el agente:
—¿Como loca?... Quite el como...

Usted, por ejemplo, no podrá, además de tonito, correcta

EL TABACO

—Dicen que va a conseguir un tabaco que no será perjudicial...
Y él que lo cacucha, un fumador que tiene harta a su mujer de tanto como fuma:
—Pues si eso llega a ser verdad, no sé de qué voy a hablar con mi mujer...
ANÉCDOTA DE BOCKY MARCIANO

HUMOR, AMENIDADES Y PASATIEMPOS.



Tertulia y anécdota

PESA DE ESCRITORES

Peña de escritores. Peña típica, con el engrudo y con el que tira con bala. Dice el engrudo, que desprecia todo lo que no está escrito por él:

—En España se escribe muy mal.

Algunos protestan. Y el que tira con bala los corta:

—Dejadle, que él tiene motivos para aserbio.

ANÉCDOTA DE LAPEBIE

Acatando de hacer una corrección.

—Cómo le envío a usted. Y Lapebie, tras una escrutada mirada:

—Cómo me admira usted ahora, claro, cuando ya he llegado.

EL FRESCO

El fresco de este chiste llama experiencia a lo que podría llamarse la sabiduría de la mariposa. Y eso en plan aserbio. Porque, escuchéme. En sí ha dicho con un amigo:

—Voy a montar un negocio. Palanito pondrá el dinero y yo la experiencia.

ya. Pag. 60

29-VI-77

HUMOR, AMENIDADES Y PASATIEMPOS.

